

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS



UN FANATICO

(Conclusion.)

II

El mundo llama *fanatismo* al amor de Dios.

Fanatismo al desprecio de las riquezas.

Fanatismo á la abnegacion y el sacrificio.

Fanatismo á la devocion y á la piedad.



En una palabra; el mundo llama *fanatismo* á todo lo que no es comer, beber y dormir, hacerse rico á toda costa y dar rienda suelta á todos los apetitos de la carne para que corra á sus anchas por los prados de la libertad.

Y los que al mundo siguen creen á pié juntillas que en esto consiste el secreto de la dicha humana, y que este es el camino para ser feliz en la tierra y morir á lo más de un reventon de risa como cuentan que mueren en Jauja los hijos del placer.

Para tales jentes las Bienaventuranzas estan equivocadas.

«Bienaventurados los pobres, dijo Jesucristo.»

¡Qué pobres ni que ocho cuartos!, dicen ellos; bienaventurados los ricos

que anohecen con un millon y amanecen con diez.

«¡Bienaventurados los que lloran!, dijo el divino Maestro.»

¡Llorar!, contestan ellos, eso podíamos hacer; reir y reir mucho es lo que importa, y no pasar la vida jemeando!

«¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia!, continua el Salvador del Mundo, los que sufren y padecen persecuciones llegando si es preciso hasta dar la vida por ella.»

¡Dar la vida! ¡vaya una tontería! exclaman ellos; pues si damos la vida ¿qué nos queda? Bueno es que un hombre se la juegue cuando llegue la ocasion para quitar de en medio á un enemigo que estorba, ó defender los cuartos ó atráparselos al prójimo; pero ¡darla de valde y por *mor* la *justicia*!; ¡qué disparate! Eso queda para los *fanáticos* que se dedican á *desfacer entuertos* como el Caballero de la Triste Figura.

Y en efecto para los *Panzas* de la moderna civilizacion no hay figura más triste que la de los hombres de fé que quieren seguir de cerca los pasos de su Salvador. ¡Locos y más que locos!; exclaman ellos. ¿Á quién se le ocurre pasar la vida entre austeridades y penitencias, mortificando los sentidos, dándose disciplina y hasta desgarrándose la piel?

Y tienen razon; si la vida, como ellos dicen, no es más que *arista que se lleva el viento*, ¿por qué no pasarla lo mejor ¡visible apurando la copa del placer?

Pero.... (el pero es lo malo); pero si la vida en vez de ser una arista es una cadena que empieza en el tiempo y acaba en la eternidad, entonces ¿quién acertará? ¿Acertarán los que, convirtiendo esa cadena en salon de baile, pasan por ella riendo y haciendo piruetas como volatineros en plaza, ó acertaran los que asiéndola con ambas manos, aun á trueque de desgarrárselas, trepan por sus eslabones para escapar el Paraiso?

La pregunta es difícil, pero la historia puede contestarla. No ha habido volatinero de la filosofía que tarde ó temprano no haya caido su cachapazo, ni Baltasar que no haya tenido su mano negra.

En cambio tampoco ha habido discípulo del Evangelio que tarde ó temprano no haya recogido el fruto de su abnegacion, y que, aun aquí en la tierra, no haya tenido antes de morir su hora de gloria.

La que plugó á Dios dar al Beato Oriol en los últimos tres años de su vida no cabe expresarla en los límites de un artículo. Éxtasis, arrobos, milagros prodigiosos, dominio inconcebible sobre



los elementos de la naturaleza, curacion instantánea de toda clase de enfermedades, cuanto puede en fin revelar el poder de un hombre en la tierra, todo lo tuvo el Beato Oriol, el pobre Doctor *Pan y Agua* de quien tanto el mundo se habia burlado.

No siéndonos posible narrar por extenso todas sus grandezas, hemos formado un extracto de los hechos más principales de su vida, y los insertamos á continuacion seguros de que los verán con gusto nuestros lectores, y que no dejarán de sacar de ellos mucho fruto.

A lo menos verán confirmado una vez más que los que el mundo llama *locos* y *fanáticos* son los hombres más cuerdos de la tierra, y los únicos que llegan á resolver el problema de la verdadera sabiduria y la verdadera felicidad.

A. C y G.

HECHOS PRODIGIOSOS

DEL
BEATO ORIOL

—(—)—

Fué tan sencillo y obediente el Beato Oriol, dice uno de sus historiadores, que cada día se difundía más sobre él el espíritu de Dios obrando en él las más extrañas maravillas. Que no queme el fuego, que el agua no moje, que los líquidos no cedan, que las distancias se acerquen, que los tiempos se penetren, que las enfermedades desaparezcan, que la muerte se retire: estos y otros prodigios obraba Dios en Oriol como testimonio de lo mucho que le amaba.

Sus dominios sobre el fuego.

¿Qué cosa más prodigiosa que el fuego no queme, ó quemando no consuma? Pues esto hizo Dios en beneficio de su siervo no una rino muchas veces. Hallándose una noche en el Clot, lugar cercano de Barcelona, ardieron toda la noche dos velas que le puso una piadosa mujer en una ermita sin que perdieran absolutamente nada de su peso. Otro tanto sucedió en varias ocasiones. La última fué en su postrera enfermedad, en que hallándose apurada la pobre mujer que le velaba porque se le apagaba la luz por falta de aceite y no tenía para comprarlo, hizo oración el siervo de Dios, y la mujer vió con asombro como la viuda de Sarepta multiplicado ante sus mismos ojos el aceite que necesitaba.

Su dominio sobre las aguas y vientos.

Como Dios en favor de su Siervo contenía la virtud natural del fuego, así también reprimía prodigiosamente la de las aguas. Consta por siete testigos, y algunos de ellos de vista, que hizo José Oriol un largo viaje á pié con repetidas y copiosas lluvias, sin haberse mojado un hilo de sus vestidos. Yendo otra vez desde Barcelona á Santa Coloma de Gramanet, no solo pasó á pié el Río Besos de una parte á otra como si fuera tierra firme, sino que habiendo tocado las Oraciones cuando se hallaba en medio del río, arrodillóse sobre el agua y las rezó á la vista de varios testigos que asombrados empezaron á dar voces y á publicar la maravilla. Lo mismo le sucedió repetidas veces en el largo viaje que emprendió en busca del martirio; pues (según lo dejó escrito su compañero del Pino don Raymundo Rosell) siempre que hallaba rios ó torrentes, se ponía á mirarlos de hito en hito, y de repente se encontraba en la otra parte sin saber como. No solo las aguas le obedecieron, pero aun los vientos, pues en su regreso de Marsella, habiéndose levantado una gran tormenta, con solo su bendición cesó las aguas y las dejó en apacible bonanza.

Su dominio sobre dineros y comestibles.

Hallándose la pobre familia Llobet una

vez á la entrada de Cuaresma muy falta de recursos acudió al siervo de Dios, y este le dijo que en tal parage hallarian abadejo con que poder mantenerse todos. Lo hicieron así, y lo hallaron, y observaron con admiración que aquel abadejo era de un gusto raro y exquisito y se multiplicaba cada día.

D. Francisco Milans atestiguó un caso semejante asegurando que sus padres, habiendo recibido en su casa al siervo de Dios en la villa de Arbucias, observaron que cuando acudían gentes á verle y se quedaban á comer, la comida de solo dos bastaba para muchos, lo que no podían atribuir si no á multiplicación de las viandas.

Lo mismo experimentó la devota doncella Gerónima Llobet en una larga enfermedad, viendo multiplicados ó nacidos ante sus ojos los alimentos que el Beato le mandaba que comiese.

Pero el milagro más admirable que hizo el caritativo sacerdote Oriol en cuanto á proveer á las necesidades ajenas fué el ocurrido en el mes de Font-Freda á dos horas de Barcelona. Habándole acompañado hasta allí en su salida para Marsella, por amistad ó devoción, un mozo llamado Miguel Vallsca, joven de buenas costumbres, entraron en el meson y el muchacho confiado sin duda en el dinero que suponía llevaría el Beato, pidió de comer, y comió. Más le aquí que al pagar vióse en grande apuro, porque el piadoso Oriol, con quien contaba, no llevaba un cuarto entonces, para sacarle de aquel bochorno, el siervo de Dios tomó un rábano que había en la mesa, hízolo rodajas con un cuchillo y por virtud divina convirtiéndolo en reales de plata con que dejó pagado el importe de la comida del muchacho.

Sobre este milagro declararon en el proceso siete testigos que vivían cuando ocurrió, y tuvieron ocasión de presenciarse y ver la gran impresión que aquello hizo en Barcelona.

Su dominio sobre lugares y tiempos.

Aun el lugar y aun el tiempo parece que estaban á su disposición; pues fuese por la virtud de bilocación, ó por el don de agilidad, lo cierto es que se hallaba muchas veces donde, ó por la brevedad del tiempo, ó por la distancia de los lugares, no podía naturalmente hallarse. Más de media hora se necesita para ir con la mayor solicitud desde el Convento de Gracia hasta la Iglesia del Pino; y sin embargo de esto, no solo en el caso del arrobó que dije antes, pero aun en otras ocasiones, como lo atestiguaban sus compañeros Beneficiados, se le veía de rodillas en Gracia al punto del medio día, y salir al mismo tiempo en el Pino á decir su Misa. Los de su casa y los vecinos de ella se aturdirían muchas veces de verle salir para ir á dicho Convento á consultar con su Director, y volver al instante como si viniera de una casa del vecindario; y si de esto hacían aspavientos, como los hacían, disimulaba él, y se escapaba á su aposento, como si no los entendiera. De sus instantáneas translaciones de un lugar á otro

mucho más pudiera decir, pues son más de veinte testigos los que hablan de ellas en los Procesos; pero no quiero dejar de referir lo que le pasó con dos caballeros de Barcelona que iban á Mataró con su coche á carrera abierta. Como le viesen hacer el mismo viaje le suplicaron que tomase asiento; mas no pudiéndolo conseguir, le dejaron atrás, y prosiguieron corriendo y sin detenerse. Cuando llegaron muy cerca de Mataró se quedaron atónitos, viéndole sentado con su breviario en la mano en un escalón ó poyo bajo una cruz de piedra; preguntándole como había llegado antes que ellos, respondióles muy sereno, que caminado poco á poco.

Su dominio sobre las enfermedades.

Más el privilegio que puede llamarse característico en nuestro Beato, fué el de la curación de los enfermos, virtud que la comunicó la Omnipotencia Divina juntamente con la orden expresa de ejercerla. Durante tres años y diez meses continuos desde el Mayo de 1698, que fué la época de su regreso á Barcelona, hasta el Marzo de 1702, en que dió su alma al Criador, dedicóse á curar por calles y plazas, por casas é iglesias, en la ciudad y fuera de ella, en Barcelona, en Mataró, en Arbucias, en Viladrán, en Canet, en Cardedeu y en otros lugares de Cataluña; pero su lugar fijo y como de residencia, para todos los días del año era su Iglesia del Pino, desde las tres de la tarde en que se acaban las Vísperas hasta el anochecer. Este era el tiempo del gran concurso de los enfermos, que acudían á centenares, no solo de las casas de la ciudad, sino de todo el Principado de Cataluña, y á veces de lugares más apartados, quien á pié, quien á caballo, quien en coche, cada uno como podía: concurso á veces tan grande, que no bastaba la Capilla para contenerle.

Su método de curaciones en el Pino.

Su ritual ó sistema de curaciones era el siguiente: En hábito de coro se entraba á la Sacristía de la Capilla del Sacramento, y puesto allí de rodillas ante una imagen de San Pedro Apóstol, permanecía en oración un cuarto de hora, implorando el auxilio de la Omnipotencia Divina; entre tanto se disponían en fila los enfermos, todos los que cabían en la barandilla de la comunión, y se colocaban por allí cerca los demás para ir sucediendo á los primeros por su turno. Luego salía Oriol á la capilla, y arrodillado ante el crucifijo hacía otro rato de oración; y para avivar su fé y la de los que estaban esperando de Dios su remedio, rezaba y hacía rezar tres Credos con mucho fervor y devoción. Levantábase despues de esto, y se dirigía hacia ellos acompañado las más veces del sacristan Tomás Masdevall, que le seguía con roquete y la calderilla del agua bendita en la mano. Antes de dar principio á sus milagrosas operaciones, hacíales en general una exhortación muy vigorosa para que avivasen la fé, asegurándoles que no era él quien

les daba, ni les podía dar la salud, sino el Dios todo poderoso, de quien no tenían que esperarla, sino los que tuviesen mucha fé y mucha confianza en él. Luego arrimábase al primero de la barandilla, y consecutivamente á los demás, y imponiéndoles las manos mientras recitaba los santos Evangelios ó algunas oraciones piadosas, les dejaba curados. — Cuando los enfermos eran más asquerosos, se detenía más largamente con ellos limpiándoles las llagas y cubriéndolas después con hilas empapadas en agua bendita. Así como iba bendiciendo y curando á los enfermos, les dejaba á cada uno su recuerdo. Les encargaba con mucho conato ya el santo amor y temor de Dios ya la viva fé, y la fervorosa esperanza: ya la frecuencia de los Sacramentos; uso del agua bendita ó lectura de libros piadosos. ó ya la devoción á la Santísima Trinidad que era su devoción predilecta.

Curacion de ciegos y cegojosos.

Empezando por las dolencias de ojos, resuenan en los procesos de Barcelona, y en los de Roma, las instantáneas curaciones del muchachuelo Francisco Aparasi, que adolecía de una larga y obstinada fluxion; de la revendedora de pescado, que habia perdido enteramente la vista, de una jóven de Mataró á quien batió las cataratas con sola el agua bendita y la señal de la cruz, del Canónigo de Lérida ciego de cuatro años, que acompañado á la Iglesia del Pino por uno de los señores Planellas, entonces Barones de Graneras, salió de ella con su vista recobrada. Pero el caso que más ruido movió en Barcelona, fué el de un pobre ciego, que entró una tarde en la Iglesia del pino, preguntando en voz alta: *¿Dónde está el hombre santo?* Arrimósele José Oriol, y le dijo: *¿Qué tienes?* Y como él respondiese: *¿No ves, que estoy ciego?*; y manifestase después con otras palabras su mucha fé y confianza; el siervo de Dios mandó que se arrojase, le hizo la señal de la cruz, y le puso los dedos sobre los ojos; é inmediatamente el ciego recobró la vista, y dió tales gritos de alegría y agradecimiento, que el pueblo salió con él de la Iglesia, y le acompañó de tropel por las calles, pregonando el milagro.

Curacion de sordos y mudos.

Como en nombre de Dios, y con su divino poder, daba la vista á los ciegos, así tambien daba el habla y el oído, á quien carecía de lo uno ó de lo otro. Son ejemplo de esto, una mujer enteramente sorda, que recobró el oído en un momento; un pobre viejo que acompañado por su mujer al Pino, consiguió de repente la misma gracia; una muda de los arrabales de Barcelona, que sacó la lengua con mucha fé para recibir sobre ella la señal de la cruz, y al punto articuló y habló como si jamás hubiese tenido el menor impedimento: una niña de catorce años llamada María Estadér, que con sola el agua bendita, y la señal de la cruz empezó á oír y hablar, siendo

sorda y muda de nacimiento. Paso en silencio otros casos semejantes: pero no debo dejar de decir, que las primeras palabras que hacia proferir el Siervo de Dios á los mudos, eran los santos nombres de *Jesús, Maria, y José*, nuestros más seguros y más poderosos protectores.

Cojos y paralíticos.

Los cojos, paralíticos y tullidos, que recibieron de él la salud, fueron innumerables. Nombraré entre los muchos á Maria Angela Vallescá apoplética de cinco ó seis meses; á Rosa Pentinada, paralítica de largo tiempo en el Hospital general de Barcelona; á un Carmelita descalzo, que contaba siete años de parálisis general; á unapobre mujer, que hacia ya veinte y dos años que no podia andar, sino arrastrándose por tierra; á Maria Ferriól, que no podia mover de todo su cuerpo, sino las manos; á Catalina Guilla de ocho años de edad, que desde su nacimiento no habia podido andar, ni mantenerse en pié; á un piadoso soldado finalmente, que después de haber conseguido en Mataró el movimiento de un brazo, que de muchos años no movia, por señal de agradecimiento y respeto se puso de guardia en la casa en que estaba alojado el Siervo de Dios, mientras se mantuvo en ella, pero no debo pasar por alto dos curaciones muy singulares, que por sus extrañas circunstancias, y por la mucha gente que las vió, se hicieron muy famosas por toda la ciudad. La primera es la de un Herrero de unos veinte y cinco años de edad, llamado por nombre Pablo Cristobal, y por apodo *el bien templado*. En la vigilia del día en que se le habia de cortar una pierna gangrenosa y estando él en la entrada de su casa tendido en un banco sobre almohadas; por voluntad de Dios acertó á pasar por allí José Oriol quien se le arremó y le preguntó, qué tenia: y como él, por estar afligido, le respondiese con mal modo *¿qué os importa á vos?*; instóle de nuevo con tanta cordialidad y agasajo, que por fin le dijo el enfermo: *¿que quereis que tenga? Mañana me han de llevar esta pierna al cementerio del pino*. Entonces replicóle el Siervo de Dios, que si tenia fé y confianza en el todo poderoso, en vez de enviar allá su pierna iría él con entrambas á oír misa y dar gracias al Señor; é inmediatamente le puso la mano sobre la parte enferma, y la bendijo con la señal de la cruz y encargándole tres Padres nuestros y tres Ave Marias en honra y gloria de la Santísima Trinidad, se marchó dejándole completamente curado sin el más mínimo resabio de su dolencia. La otra curacion portentosa fué la de un pobre hombre conocido en Barcelona con el nombre de *Bergant*, como si dijéramos *el Bribon ó el Bellaco*. Tenia este desde su nacimiento doblado el hueso del espinazo, y torcido el tronco del cuerpo, y las piernas secas, y estropeados los pies, de suerte que no podia arrastrarse, sino de rodillas, y con mucho trabajo ayudado de dos muletas muy cortas. Como el Siervo de Dios le viese todos los días pidiendo limosna; preguntóle una mañana antes de

decir misa, porqué no se cuidaba de su salud, viendo de continuo á tantos enfermos, que la solicitaban; y oyendo de él, que tenia ya treinta años de edad, y que si curase de su enfermedad no tendria oficio con que vivir; sonrióse sin decir palabra, y prosiguió su camino para ir á celebrar. Dicha la misa y hallándole en el mismo parage de la Iglesia en que le habia dejado, hizole saber, que por más que no quisiese, Dios queria curarle, y luego levantando los ojos al cielo y encendiéndose tanto el rostro que parecia despedir resplandor, púsole la mano diestra sobre la cabeza, le hizo la señal de la cruz en la frente, y le dió la bendicion, é inmediatamente le mandó que se levantara y pusiese por sí mismo sus muletas con una escalera al lado del cuadro de Nuestra Señora que estaba en lugar mas alto que ahora, detras del altar mayor. Obediente el *Bergant* á la voz de Oriol, ó por mejor decir, á la de Dios, que todo lo puede; se levantó en pié, se quitó de una pierna un cordel, ató con él las dos muletas, se fué caminando hasta la puerta de la sacristia, tomó allí una escalera larga y de mucho peso, se la puso sobre el hombro, la llevó hasta detras del altar mayor, subióse por ella, y colgó de un clavo sus muletas al lado de la Santa Imagen. Todos los que estaban en la Iglesia le fueron siguiendo los pasos atónitos y pasmados de lo que estaban viendo, mirándose los unos á los otros, y manifestando recíprocamente su admiracion más con los ojos y gestos, que con las palabras. Vivió aquel hombre después del milagro, diez y seis años al servicio de la misma Iglesia de Pino, en el oficio de ayudante del enterrador; y cuando murió el Siervo de Dios; la Comunidad de la misma Iglesia que le hizo retratar rodeado de enfermos, hizo poner en el cuadro, el verdadero retrato de aquel famoso *Bergant*.

De moribundos y desahuciados.

No fueron menos admirables aunque no tan ruidosas las curaciones instantáneas de otros muchos enfermos para quienes la ciencia médica no tenia ya remedios en que poder esperar. Tales fueron la de la doncella Gracia Busquets, sobre quien en vano trabajó la medicina por cuatro ó cinco años con el fin de librarla de sus inveteradas escrofulas, ó lamparones; la de un caballero de casa de Gutierrez, hecho levantar de repente de la cama después de sacramentado y moribundo; la del sacerdote D. Bernardo Durán, restablecido al instante á su perfecta salud, cuando estaba en los últimos momentos de su vida; la del niño Raymundo Cuadradas, que por larga enfermedad y extenuacion estaba ya reducido á los extremos; las del enfermo lleno de llagas en las piernas, del infante Anastasio Barberá, de la doncella Mariana Arnó, de Mariana Cosia y Roméu, de Teresa Alomia, de doña Isabel Abella, y de tantos y tantos otros de que pudiera formarse un volumen, con que satisfacer la devota curiosidad de algunas piadosas personas.

Sus arrobos ó extasis.

No es extraño que obrase tales prodigios quien en su persona los descubria tan asombrosos como continuados en sus extasis. ¿Cuántas y cuantas veces le vieron en la Iglesia arrodillado en el aire, sin tocar la tierra por ninguna parte? Lo contaban repetidas veces sus compañeros beneficiados; lo contaban con pasmo otros muchos eclesiásticos y seglares, hombres y mujeres, grandes y niños. ¿Qué no decian acerca de esto sus últimos años de casa, y sus más confidentes amigos los Padrós y Llobets? Aseguraron haberle visto muchas veces por las rendijas de la puerta de su aposento, no solo levantarse, y separarse de la tierra, sino mantenerse de este modo en el aire por horas enteras, que es circunstancia muy considerable por ser ordinariamente semejantes vuelos celestiales de no muy larga duracion. Estaba una mañana arrobado y levantado del suelo dos palmos en el convento de Nuestra Señora de Gracia fuera de Barcelona; y como observase su confesor Religioso descalzo, que ya no faltaba sino un cuarto de hora para el medio dia, que era la hora en que el Siervo de Dios habia de decir la misa en el Pino; le llamó y le tocó con la mano para que llegase á tiempo, que ya no parecia posible: más él apenas despertó de su dulce y divino sueño, le dijo con toda paz y sosiego, que con la asistencia de Dios no faltaria á su obligacion, como en efecto sucedió; porque al toque del medio dia se le vió salir puntualísimo á decir su misa en el Pino; del cual extraño acontecimiento se esparció la voz por Barcelona con admiracion general. Pero el primer arrobo que de él se sabe, este fué el más prodigioso de todos. Sobre la cubierta del barco con que volvió de Marsella á su patria, se puso un dia de rodillas en oracion; y teniendo los brazos abiertos, y diciendo con voz alta: *Oh ¡amor mio! ¡amor mio!* tanto se levantó por el aire, que no pudieron alcanzarle los marineros por más que lo procurasen, ni lograr que les respondiera por más que llamasen, y cuando despues de largo rato volvió á bajar, en vano le preguntaron repetidas veces para saber de él lo que habia sucedido. Cuando contaba este suceso el patron catalan del barco, se ponía á llorar de ternura, y añadia, que los marineros, de temor de que Oriol se les quedase atrás y se cayese en el mar, se subieron por los árboles para cogerle, sin poderle jamás alcanzar, y que cuando él muy despacio volvió á bajar, paró en el mismísimo puesto de donde se habia levantado; prodigio verdaderamente asombroso.

Trabajos que le daba el demonio.

Mas aquel bendito Señor que permitió en el grande Apostol de las gentes; como por contrapeso de sus altísimos raptos y visiones los pesados insultos del Angel de las tinieblas dió tambien licencia á Satanás, para que affigiera y atormentara á José Oriol, y esto lo hiciera principalmente cuando más recogido le viera y más penetrado de Dios, para darle

con tan amargas distracciones motivo de mayor mérito y de más heróica virtud. Es cierto que el demonio no le perseguia visiblemente en lugares de concurso, por que Dios no se lo permitia; pero sí lo hacia, y con rabiosa fuerza, cuando le veia orar muy fervoroso en el retiro de su aposento ó caminar con mucho recogimiento por el despoblado de Monjuich, ó por otros parajes igualmente solitarios. Entonces le maltrataba y atropellaba, y heria, sin que él tuviese más recurso, que el de invocar á Jesús y Maria, y estrecharse con el crucifijo que llevaba en el pecho. Son muchos los testimonios que nos quedan de semejantes persecuciones infernales, de las cuales salia muchas veces muy debilitado y molido, pero siempre sereno y tranquilo. Los Brugueras aseguraban, que viviendo el Siervo de Dios en su casa, que era la de su ama de leche, le vieron varias veces con sus propios ojos ya arrojado contra las paredes, ya arrastrado por los desvanes, y ya echado por las escaleras cabeza abajo, sin ver jamás la persona que obraba estas violencias: de cuya relacion se colige, que empezó á sufrir estos trabajos desde su juventud aunque despues con el tiempo fueron tanto mayores cuanto más iba creciendo en santidad y perfeccion: lo que le dió motivo para que en las varias ocasiones en que hubo de mudar de casa, previniera á los de la familia (segun relacion de su confesor del Pino D. Francisco Mas) que si oian ruidos nocturnos en su aposento no se asustasen porque no era cosa que pudiere hacerles daño ni darles temor. El beneficiado de su Iglesia D. Miguel Dusquets, otro confesor suyo, preguntóle un dia porque estaba tan sucio de lodo, y con la cara tan arañada; y él le confió con santa sinceridad, que habiendo ido á Monjuich á visitar la Iglesia de Santa Madrona, el maligno espíritu le habia maltratado por el espacio de tres horas arrojándole por la montaña de una parte á otra: y otra vez que le hizo la misma pregunta por semejante ocurrencia, le respondió que habia padecido otra persecucion como aquella al volver del convento de Gracia, donde estaba su principal director. El último choque diabólico que padeció en su vida por causa de una conversion, fué el más terrible de todos, y el que más le quebrantó y fatigó; de suerte que algunos (aunque sin razon, segun creo) atribuyeron á este quebrantamiento su última enfermedad.

Su dichosa muerte.

Tres dias estuvo (segun dicen) sin tomar alimento desde que recibió el sagrado cuerpo del Señor, hasta que le entregó su espíritu, ¿Quién podrá describir la quietud, la serenidad y el contento que manifestó en estos dias; y en todos los demás de su enfermedad? Su rostro era tan placentero, su alma tan tranquila, sus palabras tan agradables sus jaculatorias tan afectuosas y suaves, que bien se conocia haber alejado Dios del alma de su Siervo á todos los malignos Espíritus que tanto en vida le affigieron. ¡Cuan bueno y misericordioso es el Sumo Bien; Deja que

los suyos sean tentados en los dias de la lucha y del merecimiento, y no permite que lo sean en los de la última victoria y conquista. Unas seis horas antes de morir, para dar más calor á sus afectuosas aspiraciones con la memoria de la tormentosa pasion de Cristo crucificado y de su Dolorida Madre; rogó que le cantasen á voz baja el himno *Stabat Mater dolorosa* cuatro infantillos del Paláu, á quienes acompañó con su arpa el maestro de capilla don Antonio Miláns. Iba interrumpiéndoles con dulcísimo afecto que llenaba de ternura y consuelo á los circunstantes y á el de una llama celestial, con la que manifestaba en su rostro sus ardientes descos de volar á Dios. Fijó despues los ojos con serenidad y alegría en una imágen de Jesu-Cristo, y en este envidiable gesto y disposicion, sin señal de fuerza ni violencia alguna, entregó su alma al Criador en el año 1802, media hora despues de la media noche del dia 22 de Marzo, teniendo de edad 51 años y cuatro meses.

—()—

NOTA—Los que deseen conocer más por extenso la admirable vida y prodigios del Beato José Oriol, pueden leer la que dejó escrita en dos tomos el P. D. Francisco Nadal Presbítero del Oratorio Barcelones y que fué impresa en 1815. Tambien pueden leer la que escribió en italiano D. Juan Francisco Masdeu que fué traducida al castellano y de ella se han hecho varias ediciones. Existe un pequeño volumen con la vida y virtudes del Beato, distribuida en varios meditaciones que forman un mes y un novenario dedicado á su memoria. Todos estos libros se hallan en la Iglesia del Pino en Barcelona.

Bibliografía

MASONES Y JESUITAS, por Leo-Taxil version española por D. Pelegrin Casabó. Esta obrita que forma el cuaderno noveno de la Biblioteca antimasonica se vende á 25 céntimos de peseta en Barcelona, Libreria de la Inmaculada Concepcion, Buen-Suceso 13.

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD, por Aurora Lista. Esta novelita publicada con licencia eclesiástica, se halla de venta en la libreria católica calle del Pino número 5 Barcelona.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

| | |
|-----------------------|----------------------|
| Una accion | 4 pesetas mensuales. |
| Media id. | 2 " " |
| Un cuarto id. | 1 " " |
| Un octavo id. | 0'50 " " |

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10.